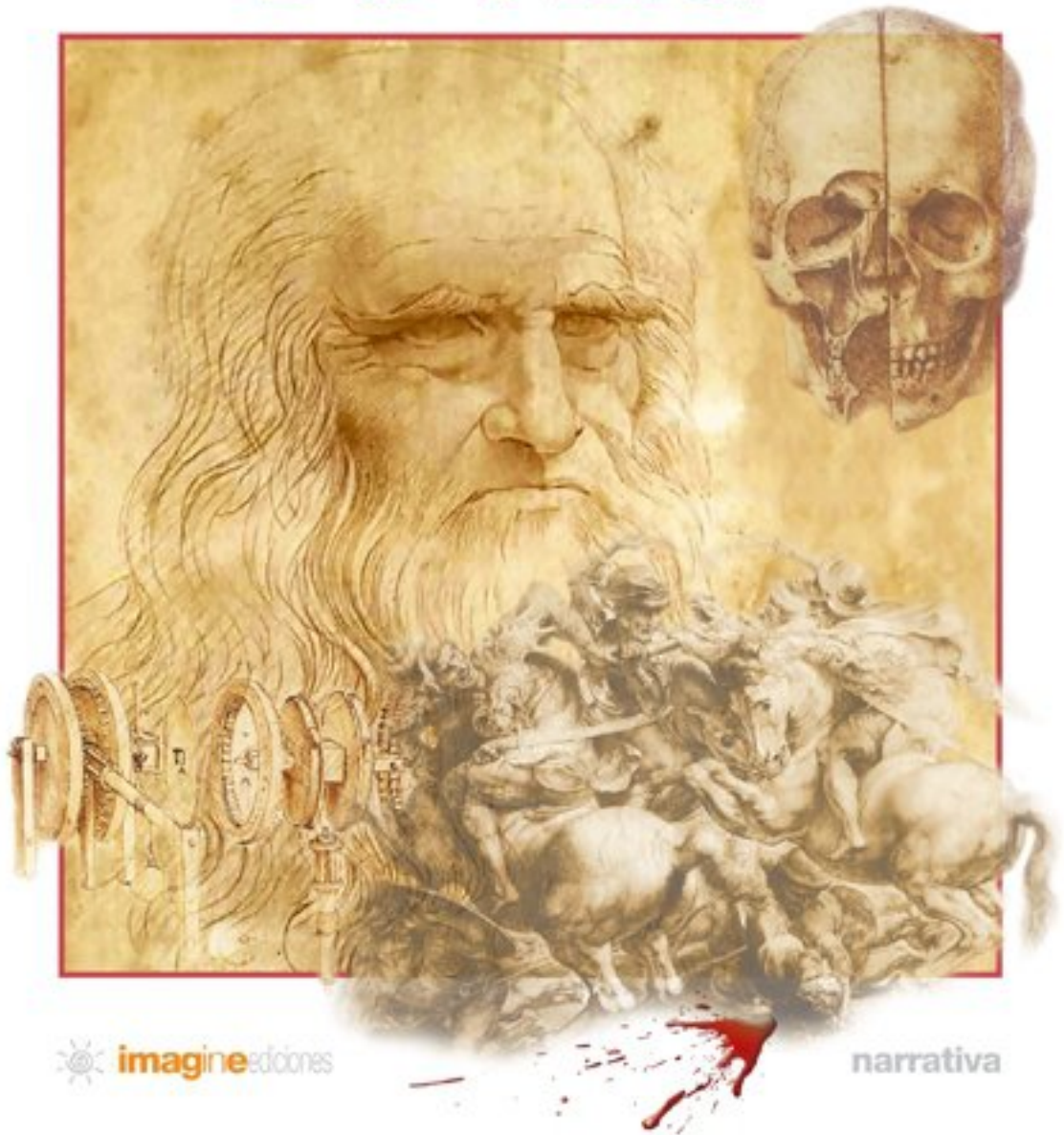


Fernando Dutilh

Los años perdidos de
Leonardo
Da Vinci



Es tan vil la mentira que, aunque dijera grandes cosas de Dios, le quitaría gracia a su divinidad; y es tan excelente la verdad que, aunque alabe cosas ínfimas, las hace nobles.

(Leonardo Da Vinci)

(I)

Ramón Punyet

Quitarse la vida es una decisión difícil, llegué a ella después de largas reflexiones en un estado de ánimo febril, tras días y noches deambulando por callejas malolientes sin meta ni destino ni alma, como uno de aquellos muertos vivientes que, según las leyendas vagan por los pasadizos del centro de Praga.

La mañana en la que había decidido suicidarme era gris y lluviosa, ese clima ciertamente iba muy bien con mis intenciones (de haber salido el sol es posible que lo hubiera dejado para otra ocasión). El día anterior muy pronto en la mañana había comprado una soga y una enorme escarpia de acero en uno de esos grandes supermercados del *hágaselo usted mismo*, por la tarde alquilé una habitación en un viejo motel del centro de Madrid y clavé el gancho en una sólida viga de madera al que sujeté firmemente un extremo de la cuerda, luego la anudé cuidadosamente y probé varias veces para asegurarme de que el nudo corría con suavidad.

Apenas había despuntado el día me vestí con mi mejor traje y me puse una corbata muy elegante pero luego me la quité (con una *corbata* ya es suficiente – pensé mientras hacía una mueca cínica en el espejo). Sentí un ligero hormigueo en el estómago antes de subirme a la banqueta y colocarme la cuerda alrededor del cuello –¿será esto lo que sienten los reos antes de subir al patíbulo? Con decisión di un puntapié a la banqueta y me quedé colgando de la soga girando ligeramente, primero a la izquierda luego a la derecha,

parecía que el gancho estaba bien clavado y resistía mi peso (todo va bien –me dije–).

El nudo se cerraba cada vez más y me iba haciendo difícil respirar –bueno, de eso se trata–. Decidí no pensar demasiado en el nudo ni en la soga ni en lo difícil que me resultaba respirar, no iba a malgastar los últimos momentos en este mundo pensando en trivialidades, mejor sería concentrarme en las cosas buenas que me habían ocurrido en la vida, por ejemplo en aquella noche de amor con una maravillosa chica turca, tan tierna y sensual... (intenté de concentrarse en sus rasgos mientras la soga hacía *cri, cri* y volvía a girar a la derecha) estaba dotada de una inteligencia tan extraordinaria que captaba mis pensamientos antes de que los formulara o de que siquiera los imaginara y tenía (los recuerdo como si los estuviera mirando en ese preciso momento en el que comenzaba a girar a la izquierda) los ojos más bellos e interesantes que jamás había visto en una mujer, unos ojos azules penetrantes que brillaban con el destello vivo de sus sentimientos. Sus familiares le habían desfigurado la cara por salir con un novio italiano que ellos no aceptaban, pero la horrenda cicatriz sólo servía para realzar su belleza.

La cuerda me apretaba horriblemente la garganta, quería toser, pero no podía, la tos no me salía de tan apretado como tenía el cuello, sentía como que la nuez se me clavaba en el paladar mientras la sangre se me agolpaba en las sienes y los ojos parecía que se me salían de las órbitas. Si hubiera podido me habría vuelto a apoyar en la banqueta para descansar un poco, toser un par de veces y ajustarme bien la soga para que no me molestara tanto. No es que hubiera cambiado de opinión

sobre quitarme la vida, es que morir empezaba a resultar muy incómodo.

Volví a concentrarme en la chica turca, en aquellos ojos, en su forma de hacer el amor (tan despreocupadamente como si no tuviera importancia y al mismo tiempo con pasión, gritando, riendo...) me acordé de que había sido la primera persona que comprendía que a mi los números y las letras me parecía que tenían colores, el cinco es rojo, el ocho amarillo, el nueve marrón y ella decía riéndose –¿pero como que marrón?, si es azul–, porque ella también veía los números y las letras en colores solo que sus colores eran distintos.

La cuerda continuaba clavándose en mi cuello, era áspera y picaba, pensé que hubiera sido mejor comprarla de otro material que no tuviera tanta fibra sintética pero con las prisas y los nervios no me había fijado en su composición, además en el momento de comprarla no le había dado importancia a eso (total que más daba) pero ahora me parecía un detalle capital, iba a quedarme una marca horrible en el cuello, debía haberme puesto un calcetín de algodón o un pañuelo alrededor para que no me dejara señal, ¿pero que podía importar que me dejara marca si iba a estar muerto?, ¿qué relevancia podías tener eso?, o ¿es que acaso no había pensado bien en las consecuencias de colgarme? Suicidarse significa morir y morir quiere decir dejar de existir y que nada de lo que pueda pasar después tiene ya importancia, pero si creía que una señal en el cuello después de muerto era importante entonces es que no quería realmente morir, ¿por qué, qué importancia podía tener una marca más o menos si ya nada tendría sentido? Pero entonces me di cuenta de que una herida significaba una cicatriz y una cicatriz significaba que el tiempo

pasaba y lo cambiaba todo y si todo cambiaba quizá dentro de unos días, dentro de unos meses o de unos años, también cambiarían las razones por las que había llegado a tomar la decisión de suicidarme.

Comencé a sentir un extraño vacío en el estómago que se agrandaba y se hacía más profundo como un gran agujero que se expandía en todas direcciones y por primera vez en esa mañana lluviosa y triste que hacía juego con mi alma, me di cuenta de que tenía miedo a morir y el miedo se transformó en pánico, un pánico atroz, un pánico que se transformaba en un escalofrío que me corría desde los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies. Fue en ese momento cuando abrí los ojos que había tenido cerrados con fuerza todo ese tiempo para que no se me salieran de las órbitas y me puse a buscar un punto de apoyo. Ahora ya no podía pensar en la muchacha turca ni en su risa, ni en su forma de hacer el amor ni en como me había dicho que el nueve no era marrón sino azul, solo quería bajarme de ahí, de mi pequeño patíbulo, quitarme aquel nudo del cuello que no me dejaba respirar y vivir, si vivir, vivir como nunca antes lo había hecho.

Al abrir los ojos mi desesperación y mi terror aumentó, no existía ningún lugar donde poder apoyarme, ningún punto sólido que quedara a una distancia ni remotamente cercana. Fue entonces cuando se agolparon ante mis ojos las imágenes y los recuerdos de las cosas que me habían conducido hasta donde me encontraba en ese momento, balanceándome al final de una cuerda en una oscura habitación de un hotel barato del centro de Madrid.

.....

Todo había empezado casi un año antes, cuando mis estudios sobre la evolución de la ciencia me habían llevado a obsesionarme con la figura de Leonardo Da Vinci. Nada hacía indicar entonces que terminaría de aquella manera tan (ahora lo veía así) absurda, asesinado por mis propias manos con este hondo vacío en mi interior y esta náusea ante la proximidad de la muerte que me recorría el cuerpo de una punta a otra.

Existen muchas lagunas en la Historia y muchas preguntas sin contestar, posiblemente porque no tienen respuesta. Sin embargo, algunas de las más inquietantes giran en torno al italiano más universal, músico, ingeniero, escultor y, también, naturalmente, pintor. El enigma Da Vinci es tal que incluso extensas partes de su vida son desconocidas por completo. Leonardo siempre ha estado rodeado por la bruma del misterio, es un personaje de leyenda. Pocos hombres tan enérgicos, tan llenos de vida... Pocas vidas tan plenas y tan apasionadas. Pocas como la suya han sido tan estudiadas y a pesar de ello sigue siendo un completo desconocido. Una de las preguntas en torno a su vida que todavía no tiene respuesta es un posible viaje a Siria que parece haber realizado en torno a los primeros años del siglo dieciséis.

Durante mucho tiempo la pregunta siempre había estado ahí, rondando en mi interior, ¿dónde había estado Da Vinci entre 1500 y 1503? Nadie lo sabe a día de hoy con certeza, sencillamente no conocemos que ocurrió durante esos tres años de la vida del gran maestro toscano. Todo lo que podemos decir son meras especulaciones.

–En 1500 Milán cae en manos de los franceses y Da Vinci desaparece, lo último que sabemos es que recalca en Mantua durante una corta estancia donde la bella Isabella

d'Este, musa del Renacimiento, trata de retenerlo. Durante tres años no se tienen noticias suyas.

–Tres años es mucho tiempo.

–Y más en el caso de Leonardo.

–¿No existe ninguna pista sobre qué pudo estar haciendo durante esos años?

–A decir verdad –titubeó ligeramente antes de contestar– si las hay, existen unos manuscritos suyos de ese periodo que hablan de un viaje a Siria.

–¿Da Vinci en Siria?, es la primera vez que lo oigo.

–Muchos estudiosos lo descartan desde luego...

–¿Pero como explican esos escritos? –me adelanté a preguntar.

–Bueno, en realidad son relatos que pueden explicarse como alegorías, como sueños, una especie de poemas oníricos... No está claro que Leonardo haya viajado realmente a esa región. Existen muchos artículos científicos (o que pretenden serlo) sobre este asunto, analizándolo desde diversos puntos de vista.

–Pero lo que si se sabe –insistí– es que desapareció, ¿no es así?

–Si, durante tres años, hasta que reaparece de nuevo en Florencia en 1503.

Esta conversación tenía lugar al rededor del año 2003 (cuando Da Vinci estaba empezando a estar moda en las librerías de todo el mundo) en casa del catedrático Ramón Punyet fallecido en circunstancias nunca del todo aclaradas hace ahora ocho meses. Don Ramón dirigía mi tesis doctoral sobre la ciencia en el Renacimiento. Era un hombre delgado, de porte elegante, siempre correctamente vestido, pero sin la más mínima concesión a la moda,

poseía una vasta cultura y era un gran especialista en filosofía y ciencia del periodo renacentista.

La personalidad y la figura de Leonardo, como no podía ser de otra manera, estaba siempre presente en nuestras conversaciones, pero de alguna forma tratábamos de dejarlo aparte, porque complicaba mucho las cosas, desde una óptica puramente académica, al menos eso aseguraba Don Ramón:

–Da Vinci es un personaje de novela –le gustaba decir– es inabarcable, lo mismo pinta que diseña un tanque o las defensas de una ciudad, por no hablar de sus máquinas voladoras. Pero muchas de sus grandes obras prácticamente desaparecieron y la influencia de su legado fue muy escasa. Si, ya sé –continuaba– en pintura si, claro, el *sfumatto* y todo eso... Pero su aportación al pensamiento y a la ciencia pronto se pierde, se esfuma –afirmaba recalcando la última palabra.

Pero de lo que yo no tenía la menor duda es que siempre me había fascinado este personaje, desde que de pequeño leí una biografía suya para niños ilustrada con dibujos en los que se veía a un Leonardo enorme rodeado de mocosos como si fuera Jesucristo y soltando al mismo tiempo palomas en una plaza florentina o enseñando a pintar a un puñado de aprendices. El autor de aquel texto no disimulaba su frustración ante la poca trascendencia posterior de algunos de inventos del gran Leonardo, en especial de la máquina de volar y terminaba el relato afirmando rotundo a modo de excusa: *se había adelantado a su tiempo*.

Pero el Renacimiento mismo ¿no se había adelantado a su tiempo? Sin duda la vida del gran genio toscano transcurrió en un momento histórico de grandes cambios, nacido en 1452, a lo largo de su existencia tendrá

lugar la caída de Constantinopla, el descubrimiento de América, el comienzo de la colonización de Cuba...

Los grandes viajes transoceánicos transformaron la concepción que del mundo se tenía hasta entonces. A esos cambios hay que añadir los que tuvieron lugar en el ámbito científico. Las nuevas teorías sobre el Sistema Solar de Copérnico, Kepler y, posteriormente, de Galileo revolucionaron la propia idea que el hombre tenía de su protagonismo en el Universo.

Por último, las tensiones dentro de la Iglesia hicieron surgir la Reforma Protestante contra el antiguo orden medieval basado en la alianza entre el Papa y el Emperador, de la que emergerán también las naciones modernas.

Todos estos acontecimientos están entrelazados, haciendo que unos actúen sutilmente sobre los otros. Los avances científicos y técnicos posibilitaron los descubrimientos geográficos, estos a su vez influyeron en las nuevas concepciones teóricas del Universo y el lugar que ocupa en él el ser humano, lo que naturalmente transformó las creencias religiosas de los hombres que ya no aceptaron una autoridad monolítica y se levantaron contra ella destruyendo el edificio político que la sustentaba.

Estos cambios vertiginosos se produjeron en pocos años y arrastraron a Europa a una larga serie de conflictos bélicos que la dejaron exhausta. Tras años de guerras inútiles entre los que anhelaban ver construido el nuevo orden y quienes querían que todo siguiera igual, va surgiendo el nuevo mapa de Europa y con él las nuevas potencias comerciales en alza.

En el centro de este huracán está Leonardo, un huracán en sí mismo que crece y desaparece mientras nos

quedamos asombrados por su fuerza sublime, pero también dejando tras de sí sólo ruinas.

Durante años el halo de esa energía misteriosa me siguió allá donde fuera, escribiera lo que escribiera o investigara lo que investigara (siempre sobre el Renacimiento y la ciencia de aquel periodo, que era mi especialidad). Constantemente detrás de cada paso que daba, a la vuelta de cada esquina estaba la sombra de Da Vinci y nunca dejé de pensar en sus *años perdidos* ni en desear encontrarme con algo que finalmente me diese una pista.

(II)

Leonardo

Leonardo vivió entre 1452 y 1519, sesenta y siete años repletos de acontecimientos personales e históricos, durante los cuales el pintor habitó en distintas ciudades italianas y francesas y fue testigo de los cambios y avatares de su tiempo.

Meses después de su nacimiento, los turcos conquistaron Constantinopla, se produjo entonces una huída masiva de filósofos, escritores, pintores y artistas de toda índole desde la otrora capital del denominado Imperio Romano de Oriente a varias ciudades italianas, entre ellas Florencia.

En 1453 termina la llamada guerra de los Cien Años que junto a la caída de Constantinopla marcan el principio de una nueva época de luz y de optimismo humanista. Aunque el fin de la Edad Media y el principio del Renacimiento podría identificarse con otros acontecimientos históricos, existe cierta unanimidad entre

los especialistas en establecer el *corte* entre una y otra época a raíz de la caída de Constantinopla en manos turcas, si bien es cierto que algunos lo retrasan hasta el descubrimiento de América y otros lo adelantan a la fecha de la publicación de la Divina Comedia, no cabe duda de que la desaparición del Imperio Romano de Oriente marca un antes y un después en el transcurrir de la historia europea.

Leonardo comienza su aprendizaje como pintor en el conocido taller de Verrocchio el mismo año que Lorenzo el Magnífico es proclamado Señor de Florencia en 1469.

1475, es un año difícil, mientras Ficino traduce las obras de Platón que algunos eruditos griegos han traído consigo desde Bizancio, diversos discípulos de Verrocchio entre los que se encuentra Leonardo son acusados de sodomía.

Sin embargo, finalmente todos son absueltos y tres años después lo encontramos trabajando en el Palazzo de la Signoria. En 1481 comienza a pintar *La Adoración de los Magos*. En esos años Fernando el Católico es coronado rey de Aragón y de Sicilia.

Un año después se traslada a Milán, su vitalidad es arrolladora y su fama ha desbordado los límites de la ciudad que le vio nacer, pinta una de sus obras más importantes: *La Virgen de las Rocas*. Comparte su vida y su casa con Jacoppo dei Caprotti. Ficino escribe *Teología Platónica*. En España tiene lugar el primer viaje de Colón y se promulga el decreto de expulsión de los judíos

En 1495 pinta su famoso fresco, *La Última Cena*. Comienza su amistad con Luca Paccioli. Pico de la Mirándola escribe *Sobre el Ser y la Unidad*.

Tres años después termina de escribir su *Tratado de la Pintura* y de pintar dos nuevos cuadros: la *Virgen con el niño y Santa Ana*.

En 1499 el ejército francés invade Milán y Leonardo abandona la ciudad, no se sabe nada de él hasta 1503 fecha en que Cesar Borgia requiere sus servicios y vuelve a Florencia donde pinta *La Batalla de Anghiari*, hoy perdida. De esta época son también su inmortal *Mona Lisa* y sus estudios sobre el vuelo de las aves. En este año Colón realiza su cuarto y último viaje.

En 1504 muere su padre y en 1506 vuelve a Milán. Un año más tarde entra al servicio de Luis XII de Francia, pero no abandona Italia.

En 1509 pinta su segunda *Santa Ana*, que hoy podemos contemplar en el Louvre. Trabaja también en la Catedral de Milán. Por entonces Moro escribe su *Utopía* y Leonardo los llamados *Tratados Científicos*. Un año más tarde Lutero expondrá sus famosas *Noventa y cinco Tesis*.

En 1519, en medio de una Europa convulsionada por los conflictos religiosos muere el genial Leonardo en Amboise meses antes de que las tropas de Carlos V saquearan Roma.

(III) Plethon

Con el fin de entender mejor el ambiente en el que se desarrolla la vida de Leonardo no podemos pasar por alto uno de los acontecimientos más relevantes de la historia de su ciudad: el Concilio de la Unidad, comenzado en Ferrara y que Florencia, por obra y gracia de Cosme de Médicis acogió a partir de 1493.

En aquel año el *Basileus* Juan VIII Paleólogo envió a Florencia un cortejo de representantes de su máxima confianza entre cuyos consejeros destacaba Gemisto Plethon quien tendrá una influencia significativa en el desarrollo del pensamiento renacentista.

Nacido en Constantinopla de padre sacerdote ortodoxo, pronto fue iniciado en la cábala, así como en los misterios de la alquimia y otros saberes herméticos. También sabemos que conoció y tuvo en gran estima los *Oráculos Caldeos*, en aquella época atribuidos al mismísimo Zoroastro.

En 1407 fue enviado a Mistra como Juez General y consejero del hijo del emperador Teodosio. En aquella ciudad ingresa en una hermandad pitagórico-platónica que conspiraba para restaurar la antigua grandeza griega para lo que postulaban un estado constituido según el modelo de Esparta.

Los Bizantinos maniobraban al borde del abismo; por un lado, necesitaban el apoyo de las repúblicas italianas más poderosas para frenar el avance del Turco, por otro no querían perder su independencia y aún soñaban con restaurar sus glorias pasadas lo que hoy (con la perspectiva de tantos siglos) resulta francamente absurdo, al final no tendrían ni una cosa ni la otra.

El caso es que Cosme quedó, como tantos en Florencia, impresionado por los discursos de Plethon hasta tal punto que se decidió a fundar en suelo florentino una nueva Academia, la grandeza de Gracia siempre estuvo ligada a la de sus filósofos, la patria de la especulación bien podía tener su sede en suelo italiano.

Plethón creó escuela en la ciudad que le acogió, de hecho, la nueva Academia era la caja de resonancia de sus ideas, de las que Bessarion fue uno de sus seguidores más

destacados. En general la nueva institución pronto se hizo famosa como el foro en que trataban de conciliarse las ideas de Platón y de Aristóteles.

Al principio solo se trataba más bien de un centro de traducciones del griego al latín de los textos clásicos. A esta labor se dedicaron tanto Marsilio Ficino como Pico de la Mirándola con gran éxito. Entre otros textos serán aquí traducidos los libros de Hermes Trismegisto, nombre que los griegos dieron a Tot, divinidad lunar de los egipcios, creador de las artes y las ciencias.

Los griegos pensaron que el *Corpus Hermeticum* había sido escrito directamente por el propio Tot, al que consideraban un personaje histórico, un antiguo rey reconvertido más tarde en dios del abigarrado panteón egipcio, pero en realidad se trata de los restos de la filosofía y la religión del país del Nilo mezclada con influencias griegas, especialmente platónicas. Los Libros se componen fundamentalmente de textos recopilados en la Alejandría del siglo II después de Cristo.

Así mismo el *Corpus* contiene, además de los posibles restos de la religión y la filosofía egipcia, una síntesis del pensamiento griego y judío de época helénica semejante en muchos puntos a las doctrinas gnósticas cristianas que, por otro lado, también beben en estas mismas fuentes del saber helénico-alejandrino.

En todo caso, volviendo de nuevo a Plethón, réstame añadir, en fin, que concebía la muerte como un paso hacia otras reencarnaciones, motivo este, entre otros (como sus ideas panteístas y sus ya mencionadas maquinaciones políticas), por los que fue pronto visto con desconfianza por la iglesia romana.

Esta desconfianza llegó al punto de que cuando el *condottiere* Malatesta fue enviado por Venecia para

desalojar a los turcos de Morea y recuperar para occidente la antigua fortaleza de los cruzados y solo consiguió por toda victoria traerse los restos mortales de Plethón, estos fueron enterrados en Rimini pero, lo que es muy significativo, en el muro exterior de la catedral, no dentro de ella, donde aún permanecen hoy en día.

(IV) Los Pitagóricos

–¿Una secta de pitagóricos en el siglo catorce, conspirando para instaurar una tiranía en Grecia con los turcos a punto de tomar Bizancio? –casi grité de incredulidad.

–Si, así es. Y no sólo eso, posiblemente también existiría un componente gnóstico que encajaba bien con las creencias sobre la trasmigración de las almas y con las ideas, digamos, colectivizadoras de Platón.

–¿Los gnósticos creían en la reencarnación?

–Si muchos cristianos creían en ella en los primeros siglos.

–Pero no hay nada en el Nuevo Testamento que hable de eso.

–No, pero tampoco nada que lo niegue.

Me quedé pensativo rumiando la nueva información, luego me decidí a seguir por caminos más seguros y afirmé:

–Me sorprende que conciliábulos pitagóricos pudieran estar en danza en época tan tardía.

–Bueno, como te he dicho no puramente pitagóricos.

–Ya, aun así.

–Apolonio de Tiana que nació cuatro años antes de nuestra era sabemos que tomó los votos pitagóricos a la edad de dieciséis años, lo que prueba que en esa época los pitagóricos continuaban siendo una secta muy activa. Los adeptos de Asia le encomendaron la misión de hacer desaparecer la tiranía de Roma. La historia de su vida fue escrita muy posteriormente por Filostrato a petición de la emperatriz Bizantina Domna y su recuerdo y leyendas permaneció muy vivo en el corazón de los griegos. Ten en cuenta además que los enemigos de Plethon le acusaron de pertenecer a la llamada *hermandad de Mistra*, que él vivió prácticamente en esa ciudad toda la vida y que sus ideas no son desde luego lo que se dice muy ortodoxas, en los dos sentidos de la palabra, ni están de acuerdo con la doctrina católica ni con la iglesia griega y son, digamos bastante personales, aunque no por eso realmente nuevas. Su vida y la de Apolonio son paralelas, él también marcha a Italia con una misión política.

Permanecí pensativo un instante, después de todo, las ideas son intemporales y recorren la historia de forma diferente a como lo hacen los personajes, las instituciones y hasta los imperios

–Sectas de ese tipo han existido hasta hoy – interrumpió mi silencio Don Ramón mientras apuntaba con el paraguas a un cartel pre-electoral del Partido Comunista. Se puede recorrer el camino de las ideas y encontrar adeptos a estas utopías desde el principio de la historia de la humanidad

Sonreí, todavía pensativo y pregunté:

–Y Da Vinci, ¿conocía la obra de Plethón?

–Naturalmente que la conocía –dijo tajantemente mientras se levantaba el cuello de su abrigo– la conocía a través de Bessarión y de Argiropulos que habían sido

discípulos de Plethón y contribuyeron al prestigio de la academia florentina. Las teorías del bizantino sobre el arte y su relación con la naturaleza inspiraron a Ficino y a Mirándola y, ¿como no?, al propio Leonardo.

–¿Y que hay de sus ideas más heterodoxas, sobre la reencarnación etcétera, también las conocía?

–También, ¿cómo no las iba a conocer él, el mayor heterodoxo que han visto los tiempos? Lo que ocurre es que al contrario que otros de sus contemporáneos, Leonardo no dejó escrito nada que pudiera suponerle un problema con las autoridades, especialmente con las eclesiásticas. Creo, pero es una opinión muy personal, que debió aprender a no meterse en líos durante su proceso por sodomía. Para plasmar ciertas ideas prefería la pintura.

–¿A qué clase de ideas se refiere, profesor?

–Preferiría no hablar de ellas, creo que te distraerían del trabajo que estás realizando, aún no –repetió como para sus adentros– ya llegará el momento, además yo no soy una autoridad en esos asuntos.

Debió ver dibujada en mi rostro la viva imagen de la decepción porque añadió:

–No obstante, te puedo poner en contacto con alguien que sí lo es, aunque vive en Oxford.

Capítulo segundo

Ninguna certeza hay donde no se puede aplicar una de las ciencias matemáticas o que no se relaciona con esas mismas ciencias matemáticas
(L.D.V.)

(I)
Eduardo

A pesar de que estaba muy avanzado ya el otoño recuerdo que sobre las dos de la tarde hacía calor. El sol lanzaba sus rayos sobre los edificios de la Facultad de Medicina de la Complutense dorando sus contornos, las ramas secas de los árboles de la avenida principal de la Ciudad Universitaria se cubrían de una delgada capa de plata brillante al mirarlas a contraluz mientras se agitaban con la suave brisa que soplaba sobre Madrid.

Eduardo, un antiguo compañero de carrera y yo caminábamos a paso ligero hacia la boca de metro de la Ciudad Universitaria para introducirnos en sus intestinos y ser expulsados a unos pocos kilómetros de allí en el barrio de Argüelles para llegar a nuestro bar de costumbre. El metro estaba a rebosar de gente, era época de exámenes y los alumnos que terminaban las pruebas se disponían a hacer lo que mejor sabían: beber cerveza en los múltiples bares que salpican la zona de Moncloa.

—¡Pero hombre!, si el pitagorismo está presente hasta en nuestros días. Está en el concepto actual de átomo, en las ecuaciones de Maxwell, en Poincaré, en Lorentz...

—Dos cañas.

Eduardo había estudiado matemáticas en Deusto, pero luego se había pasado a la Filosofía y preparaba una tesis sobre la simetría y las relaciones matemáticas en la física moderna, cuando hablaba de ello perdía la noción del tiempo, comenzaba a gesticular, a pronunciar nombres, fechas o lo que fuera para apoyar sus argumentos como un prestidigitador sacando conejos de su chistera. Nunca he conocido a nadie tan entusiasmado con una tesis.

–Date cuenta que Maxwell –comenzó a decir mientras se acodaba en la barra– cuando unificó los campos eléctrico y magnético en su famoso sistema de ecuaciones introdujo una variable que él no sabía que existía en la realidad –me miró con una sonrisa inquisitiva para comprobar que le seguía– ¿entiendes lo que digo?

–Sí, ¿pero adonde quieres ir a parar?

–Gracias... unas patatas bravas.

–Si no existía, ¿por qué crees que la puso ahí?

–No tengo ni idea.

–Claro que no, ni tu ni la mayoría de los supuestos científicos de medio mundo.

–Resulta que como no le gustaba el aspecto de las ecuaciones añadió un nuevo elemento para que le quedaran más elegantes, más simétricas.

–¿Quieres decir que adecuó la realidad a su concepto de belleza?

–Sería más correcto decir de *LA BELLEZA* –me corrigió poniendo el énfasis en el artículo y haciendo un gesto elocuente con las manos– con mayúsculas, ¿comprendes?

–Pero entonces no funcionarían –afirmé escéptico.

En ese momento la cara de Eduardo se iluminó con una pícara sonrisa y sus ojos brillaron con inteligencia mientras entornaba los párpados como quien ha mordido una rodaja de limón.

–Todo lo contrario, fue él quien se plegó a los deseos de la Naturaleza– afirmó en tono triunfal.

–¿Como puede ser?

–Maxwell vio que las ecuaciones parecían desequilibradas, no había simetría entre las partes eléctrica y magnética cuyos campos sus ecuaciones, como sabes, tratan de unificar. Lo realmente curioso es que este efecto

existe realmente y además tiene una gran importancia porque explica la creación del magnetismo por un campo eléctrico variable. En consecuencia, la Física y el sentido estético de Maxwell se dan la mano.

Quedamos en silencio mientras nos servían las patatas.

—Mira llevo aquí un libro —y se puso a hurgar en una especie de bolsa de tela que solía llevar colgando del hombro— que explica muy bien la relación entre estética y física.

Sacó un libro titulado en inglés: *Dismantling the Universe* y empezó a traducir: *Hay más paralelismos entre la ciencia y las artes de lo que parece a primera vista. Como los artistas, los científicos poseen a menudo estilos únicos. Una teoría correcta es aquella que puede ser verificada por medio de la experimentación. Sin embargo, en algunos casos la intuición puede ser tan precisa que una teoría resulte convincente incluso antes de haberse realizado ningún experimento significativo. Eintein —y otros científicos de su época— seguía convencidos de la verdad de la relatividad especial incluso cuando los experimentos parecían contradecirla.*

—¡Umh!, o sea que la belleza dirige a la ciencia, interesante.

—Mucho, ¿porqué crees que me he pasado a la Filosofía?

—Por dinero.

—Si —sonrió dando un sorbo a su cerveza—.

(II)
El Talbot

No parecía que el accidente pudiera haber causado la muerte de alguien, el coche no estaba en tan mal estado, no podía admitir que mi viejo profesor hubiera muerto allí, me negaba a creer que una vida tan valiosa terminase de aquella manera, pero así era, ¿o quizá no era así y alguien quería que lo pareciera? No, no era posible, miraba una y otra vez aquellos pedazos de lata bastante bien conservados para el tiempo que llevaban soldados y remachados juntos y aquel pequeño golpe delantero que parecía ser el único vestigio de una tragedia de tales consecuencias. Desde luego no parecía un accidente tan mortal –resolví en mi interior– pero el caso es que en el arcén de la carretera no podía reflexionar con claridad.

Acababa de regresar de Jerusalén, de un largo viaje que me había llevado por varios países del Oriente Medio cuando me llamaron de la Universidad para darme la noticia. Al principio no me hacía a la idea ni comprendía el alcance que aquella muerte tendría para mí. En un primer momento casi ni reaccioné, luego decidí ir al lugar del accidente supongo que, como una manera de enfrentarme a la realidad, de tratar de asimilarla.

Conduje muy lentamente por la carretera de la Coruña hasta llegar a la zona en que se suponía que ocurrió el fatal desenlace. El coche seguía allí porque esa semana había huelga de grúas y nadie había ido a recogerlo simplemente lo habían dejado aparcado en el arcén. Desde lejos sus cromados brillaban en el cristalino aire de la mañana madrileña como si quisiera decirme algo en un desconocido lenguaje de señales a base de luces y reflejos.

Ojalá –pensé– no me hubiera despertado del sueño de esa noche fría de invierno, un frío tan pesado y seco que

parecía envolverme por todos los lados y buscar los recovecos de ropa para meterse en mi piel y me hacía tener nostalgia de la templada temperatura y los intensos olores de los bazares medievales por los que me había perdido en aquellos días ajetreados que precedieron a esa triste mañana.

–Diga –había contestado, todavía medio dormido–.

–¿Fernando?

–Soy yo.

–Ya sabrás lo de Don Ramón.

–No, ¿qué le pasa?

–¡Vaya!, pues siento darte yo la noticia.

–¿Que noticia? –pregunté alarmado–.

–El señor Punyet ha tenido un accidente.

–¿Grave?

–Ha..., ha fallecido.

–¿Cuándo?

–Ayer por la tarde.

–¡Vaya por Dios!, ¿cómo ha ocurrido?

–Se chocó contra un poste en la carretera, según parece, al menos eso es lo que dice la Guardia Civil.

–¿Donde fue?

–En la carretera de La Coruña, debía ir camino de su casa cuando ocurrió. Tenía clase hasta las siete y luego se fue.

Me levanté aturdido, todavía no me había recuperado de tantos acontecimientos vividos los días anteriores y del cansancio del viaje y ahora esta noticia tan terrible.

Mis hijas y mi mujer hacía rato que habían salido de casa. Hice café y encendí la televisión, lo mejor era realizar los actos de todos los días maquinalmente mientras iba rumiando el golpe y pensando en sus consecuencias.

Siempre me resulta grato volver a ver la televisión española después de unas semanas en el extranjero, es como reingresar en el lugar que a uno le corresponde, aunque las noticias sean desagradables te identificas con ellas de una forma extraña. Otra vez los nacionalistas exigiendo más autonomía, los escándalos de corrupción, los socialistas que dicen ahora lo contrario que dijeron ayer pero que no se parecerá en nada a lo que dirán mañana, los populares esgrimiendo las mismas excusas que en su día criticaron en los socialistas...

¡Nada ha cambiado!, pensé mirando la caja tonta y dando un trago largo a mi café tratando de aspirar su aroma casi inexistente (mi mujer toma té y yo me había dejado la bolsa abierta y fuera de la nevera durante dos semanas).

Fue entonces cuando dijeron lo de la huelga de las grúas, dejé la taza a un lado, me vestí corriendo, cogí mi coche y me dirigí a la carretera de La Coruña. Pasé el túnel del Arco del Triunfo, el del cruce con la Avenida Complutense, la gasolinera de la Cuesta de las Perdices y antes del primer desvío a La Florida ahí estaba el coche, un anacrónico Talbot verde metalizado del setenta y cuatro.

Tenía un golpe en el lateral derecho y la rueda de ese mismo lado reventada pero nada más, caminé hacia atrás y a unos cien metros estaba el poste contra el que se había golpeado, efectivamente había pintura verde del coche en la parte baja del poste, algo más lejos había unas huellas de frenada, volví sobre mis pasos, la puerta estaba abierta miré en el interior, no vi sangre ni nada que explicara el motivo de la muerte del profesor, salí para volver a mirar el abollón de la chapa. Realmente no parecía un accidente mortal.

¿Qué podía yo hacer ahora?, ¿dónde podía acudir para enterarme de lo ocurrido o, simplemente, para

expresar mi perplejidad?, ¿a quien podía pedir explicaciones? ¿Muerto?, ¡con la de cosas que tenía que contarle! Una y otra vez volvía a escuchar la voz que me había dado la noticia con ese ligero tartamudeo: *Ha..., ha fallecido*, ha..., ha fallecido, ha..., ha fallecido. ¿Pero como?

Por la tarde, ese mismo día fui a la casa de Don Ramón y estuve hablando con uno de sus hijos, le di mi opinión sobre la escasa entidad de los desperfectos del coche.

—Pero se rompió las cervicales y se mató en el acto—
aseguró lacónicamente—.

(III)

Renacimiento

Punyet tenía una manera muy especial de dirigir mis investigaciones a través de la historia de la ciencia. Le gustaba pasear, eso de quedarse en un despacho no iba con él, si uno quería información o asesoramiento de alguna clase tenía que estar dispuesto a pegarse una buena caminata. A veces me citaba en cualquier sitio de Madrid a donde hubiera ido por algún motivo y yo tenía que acompañarle andando de regreso hasta su casa. En otras ocasiones, si la conversación comenzaba en la misma universidad, entonces era obligatorio salir a dar una vuelta a la manzana, si resultaba que hacía frío terminábamos en la cafetería tomando un café, si hacía calor una cerveza, pero no importaba el tiempo que hiciera, incluso si llovía el paseo era ineludible para esas ocasiones tenía un paraguas

negro enorme, – ¡El agua no va a ser un impedimento! – decía esgrimiendo aquel viejo armatoste.

–¿Así que todo se reduce a esa lucha entre platonismo y aristotelismo? –pregunté mientras salíamos por la gran puerta acristalada del edificio de la facultad.

–Si, pero a lo largo del tiempo las dos facciones van adquiriendo nuevos matices.

–¿Como cuales?

–No es lo mismo el aristotelismo triunfante del periodo Barroco, después del Concilio de Trento que el aristotelismo medieval de Averroes o de la escuela de París. En el primer caso tenemos una explicación de todos los posibles fenómenos naturales y espirituales cerrada, acabada y completa, todo está contenido en el corpus aristotélico y tomista. Y en el otro caso tenemos la semilla del empirismo, del saber basado en la experiencia que dará lugar a la ciencia moderna. Es decir que son dos concepciones de Aristóteles muy diferentes.

–Pero el Platonismo contribuye de manera fundamental al desarrollo científico –protesté–.

–Si, enormemente, no lo dudes, por su vertiente matemática y pitagórica.

–Pero también por su vertiente mágica y alquímica.

–Si, en efecto pero sin perder de vista que la alquimia se alimenta de las dos corrientes, en primer lugar de la corriente platónica, en dos sentidos, por un lado, porque tiene un objetivo ideal prácticamente inalcanzable (el oro, entendido no como un pedazo de metal sino como lo más perfecto que está dentro de nosotros con todas sus connotaciones espirituales), por otro, porque considera la realidad como una dualidad espíritu-materia y en segundo lugar de la corriente Aristotélica en cuanto que la Alquimia no deja de ser una práctica empírica más relacionada con el

oficio del herrero o el orfebre, y por a su concepción (muy importante para los alquimistas) de la denominada *forma primera* plenamente aristotélica, como sabes.

Se detuvo un instante y me observó con aquellos ojos azules brillantes que tenía y que me taladraban cuando quería saber hasta donde había captado sus explicaciones.

—Pues no se diferencia mucho de la ciencia moderna —balbuceé bastante inseguro—.

Exactamente —exclamó como si estuviera esperando esa conclusión— la ciencia es la conjunción de racionalidad, es decir Platón, con todo lo que eso significa de pitagorismo y concepción mística de las matemáticas etcétera y la paciente observación de los fenómenos naturales, es decir Aristóteles, al menos cierto Aristóteles.

—¿Entonces, podríamos decir que en el Renacimiento se dieron las condiciones para que esa mezcla de elementos aristotélicos y platónicos produjeran lo que hoy llamamos ciencia?

—Por supuesto, pero no solo en el Renacimiento, cuando Europa redescubre a Aristóteles a comienzos del siglo XII, ocurre un esbozo si no de ciencia propiamente dicha si de teoría de la ciencia muy interesante. También había ocurrido antes en Alejandría donde llegaron a desarrollar una ciencia y una técnica singulares.

—Así que tendré que bucear en...

—En Bacon, Don Rogerio, no Francis, aunque Francisco también es muy interesante... y bucea bien, te sorprenderás.

Siempre me hacía lo mismo, las raíces de un asunto siempre estaban más allá, y una vez descubierto ese más allá había que ir todavía más allá. A este paso terminaría escribiendo una tesis sobre la tecnología egipcia y su influencia en el Renacimiento italiano.

(IV)
Bacon

Entré en La Biblioteca dispuesto a terminar lo antes posible con la *zambullida* en Bacon pero resultó que su obra más importante era la titulada *Opus Maius* (Obra Mayor) que tiene más de ochocientas páginas, aquello no iba a resultar tan fácil. Además de esa, escribió *Opus Minor* (Obra Menor) y *Opus Tertia* (Obra Tercera). Pero eso no es todo, posteriormente escribió *Sobre el Maravilloso Poder del Arte y la Naturaleza*, y luego *Sobre los Espejos*, después *Metafísica* y, por último (antes de ingresar en prisión, por obra y gracia del Santo Oficio) *Sobre la Multiplicación de las Especies*. Durante los diecisiete años que estuvo preso por denunciar la corrupción de la iglesia, aunque oficialmente por herejía, escribió aún una última obra que dejó incompleta.

En un conocido manual de historia de la Filosofía puede leerse: *Rogelio Bacon nació en el seno de una rica familia de terratenientes ingleses probablemente en Ilchester entre 1210 y 1214, estudió en Oxford, y más tarde enseñó en Francia en la Universidad de París donde se ganó el sobrenombre de Doctor Marabilis. En 1247 volvió a Inglaterra e ingresó en la orden franciscana y, según varias fuentes, profundizó en el estudio de la Alquimia y de diversos métodos de experimentación además de construir algunos instrumentos de medida y adquirir toda clase de libros heterodoxos.*

A partir de entonces es cuando la influencia de Roberto Grosseteste se hace patente en sus escritos ya que

Grosseteste era un entusiasta de la filosofía y cultura griegas, bajo su influencia Bacon profundizó en el estudio de la Astronomía, la Óptica, y las matemáticas. Como consecuencia, su pensamiento adquirió un sesgo científico, casi renacentista sin dejar de estar anclado en la Edad Media. Su originalidad reside en su insistencia en un método experimental para sustentar las diversas ramas del saber.

En efecto, ese tono experimental se hace patente cuando escribe: *el sólo razonamiento no basta, estará bien que pueda demostrar que el fuego quema, pero yo no lo podré saber en tanto no lo haya comprobado, bien colocando cerca un objeto combustible, bien acercando la mano. Esta es la razón –afirma– por la que la dialéctica, aunque útil no debe ocupar el papel preponderante que le atribuyen en París* (donde desde muy temprano triunfó la concepción racionalista de la filosofía aristotélica, ahí estaba ya presente las bases del racionalismo cartesiano).

Cuestión diferente es que la experiencia a la que se refiere Bacon sea bien distinta de lo que hoy consideramos como *experimento científico*, pero sobre esto (en que consiste la naturaleza de un experimento científico) existe una controversia que incluso llega hasta nuestros días.

Repasé la lista de las obras del franciscano. Uno de aquellos títulos llamó desde el principio mi atención: *Sobre el Maravilloso Poder del Arte y la Naturaleza*. Apunté el título, el autor y la fecha en la papeleta de pedido, al cabo de un rato me trajeron una edición de 1956 que parecía que nadie hubiera tocado desde entonces, sus páginas eran ásperas y gruesas, las puntas habían sido amarilleadas por el paso del tiempo, las hojeé y aspiré su olor a papel viejo y cartón seco y me lo llevé a casa como si hubiera encontrado un tesoro.

En verdad era un tesoro, en esas páginas se encuentran descripciones de máquinas asombrosas para la época. Habla sobre poleas para izar pesos formidables, lentes para ver a gran distancia, lámparas perpetuas y otros ingenios similares pero lo más extraordinario es la descripción de coches sin caballos, máquinas voladoras, equipos de submarinista para pasearse por las profundidades del mar, barcos gobernados por un solo hombre..., parecía estar leyendo alguna novela de Julio Verne pero aquello había sido escrito en el siglo XIII casi doscientos años antes del nacimiento del mismísimo Da Vinci y setecientos antes del novelista francés.

Pero las sorpresas no terminaban ahí, lo más llamativo es que Bacon no se refiere a estos artefactos como de posible fabricación futura, sino que afirma que podían construirse en sus días. Más aún, escribe que *deberían fabricarse* lo que indica que nuestro pensador está convencido de la posibilidad de construir estos ingenios, llegando a asegurar que algunos de ellos ¡ya habían existido en el pasado! Y, por si todo esto no fuera suficiente, sostiene que la cristiandad debería dedicarse a fabricar esos inventos con el fin de demostrar su superioridad moral frente a los enemigos de la cruz, fundamentalmente el islam y hasta incluso utilizarlos para exterminar a los más recalcitrantes. ¡Esto si que era de actualidad!, ¿o somos nosotros los antiguos?

No está de más una reflexión sobre este punto ¿por qué une el filósofo inglés moral con inventos mecánicos?, Calvino unirá riqueza a salvación, pero eso será trescientos años después. En uno y otro caso, sin embargo, encontramos el eco del providencialismo agustiniano. Dios, a través del Espíritu Santo, actúa en el mundo, un signo de esa actuación o de quienes son sus beneficiarios es la

riqueza en el caso de Calvino y las invenciones, por maléficas que puedan llegar a ser, en el caso de Bacon.

Volvamos de nuevo al origen de la información de estos ingenios prácticamente mágicos. Si como parece más que probable, el filósofo inglés tuvo acceso a algún tipo de noticia anterior a su época sobre los aparatos que describe, ésta debió provenir de Roma o Grecia. de la primera lo sabemos casi todo y sería extraño que no hubiéramos tenido información sobre aviones o submarinos en sus años de gloria imperial, pero de Grecia, sin embargo, no sabemos tanto. Para empezar, desconocemos en que consistía el famoso fuego griego que describen las fuentes latinas y que permitió resistir las invasiones bárbaras a los bizantinos hasta el invento de la pólvora, por cierto que es precisamente de Bacon de quien tenemos la primera descripción de la fórmula para fabricarla.

Es posible que muchas de las descripciones de aquellos artefactos se perdieran en los sucesivos incendios de la Biblioteca de Alejandría pero también lo es que algunos de los ejemplares que no terminaron devorados por las llamas llegaron a Europa con las invasiones musulmanas siglos después y así llegaron a malas ávidas manos del pensador inglés. Descripciones de aparatos que desafían la cronología de la historia oficial no faltan a lo largo de la historia, así el autor latino Aulus Gellius nos habla de una paloma mecánica fabricada por el filósofo pitagórico Arquitas de Tarento que era capaz de volar impulsada por un artefacto mecánico. Herón de Alejandría que vivió en el siglo I a. de C. inventó una turbina de vapor consistente en una especie de vasija metálica que podía girar en torno a un eje horizontal, el vapor se introducía en una esfera de terracota por unos orificios y era expulsado tangencialmente por unos tubos curvos que hacían que la

esfera girara. Por su parte Filón de Bizancio en el siglo tercero describe setenta y ocho ingenios mecánicos entre los que destacan aparatos hidráulicos para suministrar agua o transportar diferentes objetos.

Capítulo tercero

La experiencia no yerra nunca;
yerran solo nuestros juicios esperando
de ella un efecto que no se da en los
experimentos que llevamos a cabo.
(L.D.V.)

(I) Máquinas

–¿De modo que después de la destrucción de la escuela de Crotona los pitagóricos se dispersaron y crearon otras muchas escuelas, prácticamente logias secretas a lo largo y ancho del Mediterráneo?

–Bueno, dicho así suena algo extraño –concedió Eduardo– pero sí, más o menos eso es lo que estoy diciendo y –guardó silencio unos instantes para dar mayor énfasis a lo que venía a continuación– y no creas que se quedaron inactivos y apenados por su fracaso. Pronto volvieron a la actividad más intensamente aun, fruto de lo cual surgieron el Museo y la Biblioteca de Alejandría. Euclides es su mayor representante, y no me vas a negar su importancia.

–No, desde luego que no, pero tu le das a todo esto un aire conspiratorio que no comparto, y no es que no me guste –subrayé antes de que se me adelantara– es que no creo que se ciña a la realidad.

–Si que se ciñe a la realidad, es un hecho que los pitagóricos se agrupaban en sociedades secretas, que guardaban para sí sus conocimientos y sus descubrimientos y que apoyaban a los cabecillas políticos que les parecían más afines a sus intereses. ¿Cómo llamas a eso sino conspirar?

–No se, hay un matiz que no me termina de convencer –contesté dubitativo– pero además a eso habría que añadir, según tu versión, su dilatada existencia. Me parece que no estamos ante un grupo clandestino bien organizado capaz de permanecer más o menos oculto en los pliegues de la historia durante tanto tiempo. Acepto que el pitagorismo como idea o más bien como **ideas** –subrayé ideas– bastante difusas, por cierto, permaneciera de alguna forma en distintos círculos y conciliábulos a lo largo de los siglos y que hayan llegado hasta nuestros días, pero de la misma forma que han llegado el platonismo o el aristotelismo y otras muchas escuelas de pensamiento.

–No, estás muy equivocado, no lo puedes comparar con el platonismo ni el aristotelismo por la sencilla razón de que tanto Platón como Aristóteles escribieron obras que prácticamente han llegado intactas hasta nosotros (sobre todo en el caso de Platón).

–De acuerdo, pues compáralo con el estoicismo o con el epicureismo, ambas doctrinas han llegado de una manera o de otra hasta nosotros sin que eso signifique que existan unas logias organizadas que hayan sobrevivido a lo largo del tiempo.

–Bien, pero ten en cuenta, en primer lugar, que muchas de las ideas estoicas fueron acogidas por los pitagóricos, y en segundo lugar que yo no he dicho que las logias pitagóricas hayan llegado hasta hoy sino solamente que es muy posible que todavía existieran en el seno del Imperio Bizantino.

–Claro, nada menos que hasta el siglo XV.

–No creo que sea tan difícil de admitir y existen algunos datos de su existencia, como que sus contemporáneos criticaran a Plethon por su supuesta pertenencia a la *fratría* de Mistra.

Los dos guardamos silencio durante unos instantes luego volvió al ataque:

–Además no sería extraño que hubieran terminado por mezclarse con sociedades cristianas y neoplatónicas y de alguna manera confundirse con el paisaje.

–Y ya no se parecerían en nada a su modelo original.

–En muy poco, naturalmente, a parte de su carácter secreto y místico. Pero resulta que existen muchas sociedades con estas características.

–Te veo venir, ahora me vas a decir que los masones son pitagóricos reconvertidos.

–Que conste que yo no lo he dicho.

–Si, ya.

–Oye, cambiando de tema –continuó después de una pausa– ¿cómo va tu tesis?

–Pues realmente no se si va alguna parte o simplemente se expande como una gota de aceite por todos lados.

–Es una buena descripción del proceso que parecen seguir todas las tesis, a mi me pasa lo mismo.

–Ahora estoy en Alejandría...

–Pero lo tuyo era el Renacimiento.

–Y lo es..., o eso creo.

–¿Y como has llegado hasta allí?

–Pues parece que siguiendo la estela del desarrollo tecnológico. Resulta que me he entretenido con Da Vinci más de la cuenta, después he empezado a desenrollar el ovillo del espíritu científico de la Edad Media y he dado con los extraños aparatos de Bacon y al final he ido a parar a Alejandría de donde se tienen noticias de varios cacharros aparentemente incongruentes con la época.

–¿Roger Bacon?

–Si, el mismo.

–No sabía que hubiera inventado nada.

–Si, en una obra habla de la posibilidad de crear máquinas de todo tipo, desde aviones a submarinos...

–Curioso, no tenía ni idea. ¿Y en el curso de tus investigaciones te has topado con la máquina de Antiquitera?

–¿Una especie de máquina de vapor...?

–No, no, no. Mas bien es una especie de astrolabio que descubrieron unos buscadores de esponjas a principios del siglo pasado entre los restos de un navío griego. Su aspecto era tan moderno que al principio los *sabios*, entre comillas, dijeron que se habría caído desde la superficie a los restos del pecio griego mucho tiempo después.

–¿Y no es así?

–No, gracias a Dios el aparato tiene unas inscripciones griegas que claramente corresponden al siglo I a. de C. Aunque su aspecto es desde luego el de un instrumento construido como muy tarde en el siglo XVIII. Tiene unas ruedas que encajan unas en otras y que quizá funcionaban como los engranajes de un pequeño planetario según unos, o como una máquina de calcular según otros.

Nadie sabe para que servía exactamente. Un científico inglés del Instituto de Estudios Avanzados de Princeton lo identificó como un antepasado de los ordenadores actuales, también afirmó en un artículo que encontrar una cosa como esa era como hallar un avión de reacción en una tumba egipcia.

(II) Al Andalus

Al volver a mi tesis decidí averiguar algo más sobre las máquinas de la época helenista. El caso era que entre Alejandría y Bacon había un paréntesis de al menos mil años y alguna noticia más tenía que haber llegado hasta nosotros de aquellos ingenios que supuestamente describían los códigos y legajos perdidos en la capital del Egipto de los Ptolomeos.

El Ateneo de Madrid me pareció el lugar más indicado para estas averiguaciones (su nombre completo es Ateneo Científico y Literario), soy miembro de esa institución desde 1986, de modo que me dirigí a la calle Prado donde tiene su sede. Era un día nublado de octubre, pero no hacía frío. Pronto comenzó a llover sobre las secas calles de la capital que llevaba meses sin recibir una sola gota. La lluvia intensificó su tamborilear sobre tejadillos y carteles, una ligera cazadora me protegía a medias del agua que caía cada vez con más fuerza. Madrid se llenó de un mar de paraguas que resplandecían a ráfagas cuando el sol se abría paso entre las nubes, en poco tiempo las calles bañadas por el agua parecían embetunadas como zapatos negros recién frotados y la luz entrometida escribía sinuosos *grafitis* de colores indeterminados y formas

caprichosas en los charquitos aceitosos de las aceras que aparecían y se borraban a intervalos.

Llegué al portal del severo edificio empapado, me sequé la cabeza y la cara como pude con un trozo de papel de los servicios, tomé asiento en una de esas butacas infames, por lo incómodas, del salón de lectura principal, encendí la lamparita de la mesa y una vez *tomada la posición*, me dirigí a los archivos y me puse a buscar y rebuscar, a rellenar fichas de libros que los ujieres me traían y yo devolvía al cabo de un rato sin encontrar la mayoría de las veces lo que buscaba. Ya de anochecida empecé a afinar mi puntería y los libros comenzaron a revelarme sus secretos.

Averigüé que los primeros intentos por volar de los que se tiene constancia escrita tuvieron lugar en la Córdoba musulmana del siglo IX d. C. El primer vuelo lo realizó Armen Firman en el año 852 saltando desde una torre con unas alas de tela y madera atadas a su cuerpo. El salto fue un éxito y Armen a penas sufrió contusiones.

Un segundo pionero nacido en un pueblecito de Ronda, pero educado en la capital de Al-Andalus donde estudió Química Física y Astronomía de nombre Abbas Ibn Firnas y famoso por haber transformado la arena en vidrio y por inventar un aparato para medir el tiempo denominado *al-maquata*, realizó otro intento de vuelo veintitrés años después.

Abbas diseñó un ingenio que podía transportar a una persona durante cierta distancia. Cuando estuvo convencido de su éxito convocó a los ciudadanos de Córdoba para que fueran testigos de su hazaña. Según todas las noticias Abbas voló una considerable distancia, pero su aterrizaje no fue lo que se dice suave porque se lesionó la espalda lo que le mantuvo alejado de realizar una nueva

prueba. Su muerte tubo lugar en 888, muchos dicen que por causa de aquel aterrizaje.

Las noticias de estos inventos llegaron, según el historiador americano Lynn White, a conocimiento del benedictino Elimer de Malmesbury por boca de algún soldado recién llegado de las Cruzadas. Alrededor del año 1010 Elimer consiguió volar la distancia aproximada de dos campos de fútbol en un aparato similar al del cordobés.

Me recliné en mi asiento, aquí estaba el enlace entre Alejandría y los ingenios de Bacon. Si los antiguos griegos habían conseguido fabricar algo tan desconcertante como el aparato de Antiquitera, quizá también hubieran llegado a volar y ecos de esas hazañas pudieron ser recogidos por los árabes siglos más tarde. No había un abismo de mil años sino de a penas trescientos o cuatrocientos años entre el florecimiento de Alejandría y el primer renacimiento científico de occidente que tuvo lugar en Córdoba. ¡Quien sabe cuantos inventos y cuantos descubrimientos se perdieron con la destrucción de la Biblioteca más famosa de la Historia, y cuantos manuscritos anduvieron por los círculos cultos del Mediterráneo antes de su pérdida definitiva!

Que optimista me encontraba aquella tarde gris con mis investigaciones y que lejos de saber que llegarían a poner en peligro la vida de mi querido tutor y maestro y la mía propia.

(III) Perspectiva

–Realmente el periodo en el que Da Vinci desaparece no es entre 1500 y 1503 –afirmé casi retándole–

–Ah, ¿no?, ¿porqué lo dices? –preguntó suavemente Don Ramón–.

–Pues, entre otras cosas, porque al poco de tomar Milán, el rey de Francia, Francisco I, le prometió a Leonardo el uso de una cierta cantidad de agua de la que no pudo disfrutar por padecer la ciudad una larga sequía pasada la cual Leonardo reclamó sus derechos en tres ocasiones por carta.

–Pero las cartas no tienen fecha clara, ¿verdad?

–Verdad, pero la sequía si.

–De acuerdo, pero si Leonardo reclama algo que se le prometió en el año 1500, ¿donde está el problema?

–En que todos los autores consultados afirman que la promesa data de 1502.

–Bien, entonces no hay de que preocuparse, debes centrarte en Bacon y dejar de lado a Leonardo –me ordenó dando un giro imprevisto a la conversación–, ya te dije que no sacarías nada más que embrollos si seguías con Da Vinci.

–No pasemos del asunto tan deprisa –le contradije disgustado– algunos autores, entre ellos el erudito Augusto Urbani se hacen eco de ciertas teorías sobre un viaje de Leonardo a Oriente entre 1473 y 1486.

–Si pero el periodo es demasiado largo y demasiado temprano. En 1473 todavía trabajaba en el taller de Verrochio, recuerda que en 1475 es cuando se le acusa de sodomía a él y a otros discípulos de Verrochio y que existen suficientes documentos que lo atestiguan.

Quedamos en silencio, me miró unos instantes y luego continuó hablando como si yo no estuviera, como haciendo cuentas para sí mismo:

–Tres años después se le encargó el altar para la capilla del *Palazzo de la Signoria*. Después la *Adoración de los Magos* en el 81, luego en el 82 se va a Milán, en el 83 comienza a pintar la *Virgen de las Rocas*... ¡En fin, no veo bien donde cuadra su viaje en esas fechas!

–Si es que realmente lo realizó, porque hay que reconocer la mayoría de los autores lo niegan –contesté con desánimo.

–Si, lo sé. Pero yo siempre he pensado que se equivocan –dijo con una sonrisa enigmática y quiso dar por zanjado el asunto.

–¿Entonces la fecha más probable para tal viaje es de 1500 a 1503? –insistí.

–Creo que así es.

–Pero todo está en el aire.

–Todo está en el aire excepto ciertos indicios de los que ya hablaremos en otra ocasión –contestó secamente.

Le observé con inquietud, sus ojos brillaban como si los acabaran de pulir.

–Yo no tengo todas las respuestas –afirmó con sincera humildad–. Algo hay en ese escrito que no acaba de cuadrar. No comprendo su utilidad, si no es para describir algo que ha ocurrido, ¿para que demonios escribió eso?

No dijimos nada durante un rato y continuamos caminando en silencio.

–Una cosa más. He encontrado un posible nexo entre los años de florecimiento de Alejandría y nuestro Bacon a través de Córdoba, pero no tengo tan clara la relación de Córdoba con Leonardo.

–¿No?, pues la relación es evidente y me extraña que no la veas –sonrió.

–Si, ¿cuál es?

–La óptica.

–¿Cómo?

–Leonardo conocía muy bien los estudios de Bacon sobre óptica. En el *Opus Maius*, El franciscano investiga la perspectiva y la óptica, ciencia en la que se incluía la astronomía...

–Pero Leonardo no conocía la obra de Bacon – declaré con firmeza.

–No directamente, pero sí a través de un tratadista inglés llamado John Peckham que afirmaba, en plena Edad Media, que los tamaños de las estrellas, así como la distancia de la Luna y el Sol a la Tierra, podían determinarse por medio de los rayos de luz que emiten.

Me quedé boquiabierto. Don Ramón gozaba dejándome perplejo, disfrutaba viendo como con cada palabra que salía de su boca y que él procuraba modular lo más lentamente posible para aumentar su efecto, mi expresión de asombro iba aumentando.

Después siempre venía una pregunta que sonaba como una reprimenda:

–¿No has leído el *Tratado de la Pintura*?

(IV)

Tratado de la Pintura

Hoy mientras escribo estas líneas y recuerdo aquel día que estaba leyendo la sesuda introducción de la obra del toscano más universal o saltando de capítulo en capítulo o

escrutando las notas a pie de página de aquel libro grueso y en su mayor parte monótono, me asaltan las más negras reflexiones y siento que escribo para dar testimonio de unos hechos terribles que no se como tuvieron cabida en mi existencia, por otro lado, tan alejada de la acción y la violencia. Escribo y reflexiono sin cesar y los pensamientos me asaltan a mitad de un párrafo de forma inconexa:

Si hubiese sabido que mis investigaciones iban a ser la causa de su muerte, ¿hubiera continuado?

He de decir que el famoso *Tratado* no es más que una serie de notas desordenadas sobre diversas cuestiones que van desde la óptica hasta diversas recetas sobre como obtener colores o como aplicarlos en diversos materiales, también componen la obra diversas disquisiciones sobre la importancia de la pintura con respecto a otras artes.

La primera vez que lo tuve en mis manos y ojeé aquel libraco (unas quinientas páginas) no me pareció muy importante, antes al contrario, me produjo cierta desilusión. Aquel día que rememoro, volvía a él con un espíritu más curioso y más dispuesto a leer entre líneas.

Y otra vez pienso: *posiblemente hubiera seguido adelante con mi trabajo con la esperanza de variar el desenlace, de pararlo o de dar un rodeo...*

¿Cuánto más se sabe, más puede uno dominar los acontecimientos, o solamente se llega a la conciencia de que los acontecimientos le dominan a un y finalmente nos resignamos ante ellos?

Para empezar, el libro, tal como ha llegado hasta nosotros, es una compilación de diversos escritos de

Leonardo realizada por su discípulo y amigo Francesco Melzi que heredó sus manuscritos. Tras la muerte de Melzi los originales sufrieron una lamentable dispersión y algunos se perdieron para siempre, pero copias de este códice circularon durante años por Europa sin que la obra se editara hasta 1651.

Se aprecian en él distintas influencias desde la clara del neoplatonismo hasta las ideas Herméticas. La *armonía*, la *experiencia* y las *matemáticas* son palabras claves en el Tratado que ponen de manifiesto tanto la influencia que su tiempo ejerció en Da Vinci como la importancia que sus ideas iban a tener en las generaciones futuras.

¿Qué es lo que realmente buscaba?, ¿alguna vez se han parado a pensar que buscan ustedes?, ¿que buscamos todos?

En la primera parte Leonardo compara la pintura con la poesía y con la escultura, quedando aquella muy por encima de sus contrincantes. También hace un elogio de la pintura como ciencia, una ciencia que abarca a muchas otras, desde la óptica a la astronomía y que se basa en la experiencia directa. Esto indica claramente que el gran genio de Leonardo se decanta por una visión totalizadora, comprensiva y sintética del conocimiento humano, que es la visión que triunfa en los comienzos del Renacimiento pero que será reemplazada por la que finalmente se impondrá ya desde el siglo XVII: analítica y disgregadora.

¿Qué buscaba él, aquel hombre afable de mirada inquisitiva y sonrisa leve que me guiaba con mano sutil por los recovecos de la historia?

Le sigue una sección llamada *Proemio*, palabreja que utiliza con fines irónicos para ridiculizar la pedantería de los *neo-latinistas* de su época y que es un intento de agrupar los temas del Tratado y por tanto en ella habla de asuntos de los que se ocupará más adelante en otras secciones, con mayor detenimiento.

Los diez capítulos siguientes versan sobre *La Perspectiva* de la que dice que “es brida y timón de la pintura”. El capítulo titulado: *La Luz y la Sombra*, está lleno de reflexiones neoplatónicas, pero también útiles: “habrás de descubrir la teoría y después la práctica. Tratarás primero de las sombras y luces de los cuerpos densos y a continuación de los cuerpos transparentes”.

¿Encontró lo que quería antes de que le asesinaran? aunque fuera sólo parte del misterio que acabó con él, ¿llegó a intuir algo al final del túnel?, ¿o lo descubrió justo en el momento final?

Consideración especial merece el capítulo dedicado a las *Proporciones y Movimientos del Cuerpo Humano*, en el que Leonardo se extiende en los pormenores de las medidas y las relaciones de las distintas partes del cuerpo entre sí. Por ejemplo: “El espacio existente entre el corte de la boca y la base de la nariz es la séptima parte del rostro”. Uno no se imagina a Da Vinci dibujando los labios de la Gioconda con una regla y un cartabón, pero de su lectura surge con fuerza el convencimiento de que el genio toscano aplicaba a la pintura el método empírico más estricto, aunque posiblemente sin necesidad de medir cada miembro mientras los dibujaba.

Algo similar ocurre con el siguiente capítulo dedicado a la botánica y al paisaje, lleno de medidas y

relaciones. En los tres siguientes Da Vinci se dedica a dar consejos que el traductor de la edición que manejo tacha de *practicones* afirmación que comparto plenamente.

Mataron de una forma vil a quien había buscado la virtud y la verdad. Que dios les maldiga por ello.

No es desde luego un libro de misteriosas formulas alquímicas sino más bien un libro de recetas, aunque siempre estuvo rodeado de cierto misterio por si en sus entrañas se encontraban claves de la olvidada antigua ciencia.

¿Cuándo vendrán y matarán de nuevo?

Pero el misterio de esta obra reside en que resalta la existencia de relaciones entre las cosas y que esas relaciones son armónicas y llenas de belleza. Desde la llamada *Ilustración* la cultura de Occidente se orientó al análisis y no a la síntesis del conocimiento. El Tratado es un ejemplo de análisis, pero dentro de un todo y representa una síntesis de diversos conocimientos que hoy estudiamos aisladamente unos de otros. Da Vinci relacionó la óptica, el álgebra, la anatomía y la poesía con la pintura. En eso reside realmente su grandeza.

Después de varios siglos de analizarlo todo, desmenuzarlo todo, destruirlo todo, porque al desunir la realidad la matamos, hemos de volver a la síntesis. La nueva física del siglo veinte parece que nos devuelve al verdadero Renacimiento, por eso se la llama, quizá despectivamente física Zen.

Cuando vengan que nos encuentren pintando, escribiendo, creando, es decir maravillándonos de todo lo que hay a nuestro alrededor como cualquier otro día.